

Los usos sociológicos de Norbert Elias

*Rafael Montesinos.
Griselda Martínez V.*

La isla del saber asegurado que nos hemos
construido en el océano de nuestra ignorancia
ha crecido, por lo que hace a los hechos
de la naturaleza, con tal velocidad que sólo
la preocupación predominante de los hombres
por su suerte cotidiana y sobre todo
por sus miserias actuales les impide hacerse
una imagen coherente de este desarrollo
del conocimiento y de su significación
para la sociedad humana y en particular
también para la imagen que los hombres
se hacen de sí mismos.

N. Elias, 1982:26

Introducción

NORBERT ELIAS ES UNO DE LOS SOCIÓLOGOS MÁS IMPORTANTES actualmente, y sin embargo, penosamente, también uno de los intelectuales más ignorados en México a pesar de su utilidad en el conocimiento de la realidad social. Su larga vida, 92 años, se traduce en una vasta experiencia personal que retoma permanentemente, como referencia en sus reflexiones, los diversos contextos intelectuales y sociohistóricos en los que cimentó su conocimiento. No es gratuita su vivencia como judío-alemán, su participación como soldado en la Primera Guerra Mundial, el que su madre hubiese muerto en los campos de concentración nazis, sus estudios de medicina, filosofía y psicología, como discípulo de Alfred Weber, Jaspers, Husserl, al mismo tiempo que compañero de estudios de Manheim. Situación que se consolida con su

experiencia académica en universidades de Gran Bretaña (Leicester) y África (Ghana).

Sin duda, la diversidad de su experiencia de vida le facilitan el camino intelectual para romper con los paradigmas que prevalecieron en las ciencias sociales de los años cuarenta y cincuenta, relacionando la sociología con la psicología, la historia, la antropología, sin olvidar su comparación con la biología y la medicina, ciencias que considera valiosas en sus planteamientos sociológicos.¹

Sus noventa y dos años le permiten presenciar los eventos mundiales más importantes del siglo xx, lo cual hace de Elias uno de los intelectuales más relevantes en un balance de las principales tendencias de la modernidad (Elias, 1988), de tal manera que en él se tiene a uno de los pocos sociólogos que incorporan la experiencia personal como recurso analítico aunado a su gran capacidad para explicar el *proceso civilizatorio* en ese siglo, en un punto de vista histórico que permite explicar la evolución de la humanidad.

En este trabajo se estudia el porqué de algunos de los posibles *usos sociológicos de la obra de Elias* para construir y depurar la teoría sociológica, analizar la realidad social así como mirar desde puntos de vista más amplios y menos esquemáticos los diferentes objetos de estudio que se plantean los científicos sociales. Desde luego, esta reflexión toma como eje algunos objetos de estudio ya mencionados y en los que, en no pocos casos, se incorporan enseñanzas de la obra de Elias.

Las figuraciones como instrumento de interpretación social

Uno de los conceptos importantes en la obra de Elias es el de las *figuraciones*, en la medida que representa los diferentes aspectos sociales que crean los individuos con sus interacciones en todos y cada uno de los ámbitos que forman una sociedad. A pesar de ello, en su obra, *El proceso de la civilización*, no aparece como tal dicho concepto clave de su obra. Ahí se explica de la siguiente forma:

¹ Elias menciona que “[...] era característico de una ética profesional falsamente entendida postular que, para poder convertirse en un buen sociólogo, se hubiera de estudiar sociología, y nada más que sociología. A veces tenía la impresión de que, para dar plenitud y profundidad a la imaginación en sociología, sería muy bueno que sus representantes hubiesen estudiado algo diferente a la mera sociología profesional” (Elias, 1995:98).

En lugar de la imagen del ser humano como una “personalidad cerrada” —y a pesar de su significado ligeramente cambiante, la expresión es ilustrativa— aparece la imagen del ser humano como una “personalidad abierta” que, en sus relaciones con los otros seres humanos, posee un grado superior o inferior de autonomía relativa, pero que nunca tiene una autonomía total y absoluta y que, de hecho, desde el principio hasta el final de su vida, se remite y se orienta a otros seres humanos y depende de ellos. El entramado de la remisión mutua entre los seres humanos, sus interdependencias, son las que vinculan a unos con otros, son el núcleo de *lo que aquí llamamos composición, composición de unos seres humanos orientados recíprocamente y mutuamente dependientes* (Elias, 1987:44).

Fuera de la designación formal del fenómeno de los vínculos entre los individuos que dan forma a una sociedad mediante el término *figuración*, es evidente que se trata de captar tanto en el nivel individual como en el colectivo, las interacciones que aquí aparecen *como orientaciones recíprocas*, que no solamente articulan a los componentes, sino que apuntan hacia diferentes formas y niveles de organización social. Ésto, de hecho, tiene que ver con una preocupación explícita de Elias respecto a la incapacidad de la “sociología convencional” para estudiar esos niveles de relación social.

Otras formas de construcción de su interpretación sociológica llevan hacia el papel que juega la cultura, también sin hacerlo explícito, pero que ubica al individuo como dependiente de *los otros* (Elias, 1990a:132). En todo caso, se trata de la vinculación entre dos procesos sociales que se dan a diferentes niveles: la *psicogénesis* y la *sociogénesis*, y que sin embargo están relacionados. Así, la *figuración* aparece como una forma que alude al sentido recíproco de las interacciones entre los individuos y los diferentes grupos sociales, pero que no presenta fronteras marcadas de manera precisa, conforme se trata de dos procesos entrelazados que inevitablemente se dan en uno y otro sentido: de lo individual a lo social, y viceversa. Por tal razón Elias considera que: “El concepto de ‘figuración’ sirve para proveerse de un sencillo instrumento conceptual con ayuda del cual flexibilizar la presión social que induce a hablar y pensar como si ‘individuo’ y ‘sociedad’ fuesen dos figuras no sólo distintas sino, además, antagónicas” (Elias, 1990a:156).

Planteadas de tal forma la *figuración*, en la interpretación del autor, explica las razones y objetivos que los individuos buscan o encuentran en su relación con *los otros*, aun sin pensarlo en un sentido instrumental. Las relaciones sociales que se dan en las “*figuraciones*” que los individuos construyen en su interacción, representan, necesariamente, tensiones entre las diferentes posiciones de los individuos o grupos. Se trata de *equilibrios fluctuantes de poder* que explican la naturaleza dinámica de la realidad social, y en esa

misma lógica, sugiere la transformación continua de las diferentes figuraciones (Elias, 1990a:158). Situación que prácticamente representa el fundamento de sus planteamientos en el libro *Compromiso y distanciamiento*, en el que se hace explícito que las relaciones entre los individuos no sean relaciones estáticas, ni mucho menos armónicas.

Sin embargo, en la medida que se trata de un *homo sociologicus*, en principio, los individuos dirigirán sus esfuerzos para mantener las *figuraciones* marcadas, siempre por el cambio, por la tensión entre la posición de los individuos que favorecerá en algunas ocasiones a una parte, y en su momento, por *los cambios del equilibrio del poder*, a la otra parte.

La intención de Elias es insistir en que todo individuo, consciente o inconscientemente, está inmerso en este tipo de relaciones:

[...] cada ser humano particular queda, de hecho, atado; queda atado por cuanto vive en constante interdependencia funcional con otras personas; es un eslabón de la cadena que ata a otras personas, y cada una de esas personas es —directa o indirectamente— un eslabón de la cadena que lo ata a él. Estas cadenas no son tan visibles y palpables como las cadenas de hierro; son más elásticas, variables y alterables, pero no son menos reales y, con toda certeza, tampoco menos firmes (Elias, 1990:31).

Con estas ideas se hace referencia a la estructura social y a cada una de las *subestructuras*, pues menciona que se trata de niveles, esto es, de una gran figuración compuesta por un conjunto de *subfiguraciones* hasta llegar a su mínimo nivel que es el individuo, éste es entendido como un proceso relativamente autónomo del proceso general de socialización. Es decir, que va de figuraciones tan complejas como el propio Estado-nación hasta la célula familiar en la que se inscribe el individuo, que vive su propio proceso, expresión de un proceso colectivo, del proceso social. De esa manera se podrá distinguir entre “*figuraciones*” más integradas y unas menos integradas (Elias, 1990a:45). O por decirlo de otra manera, “*figuraciones*” que están expuestas a los *cambios en los reequilibrios del poder*, en las tensiones generadas con la relación entre “*figuraciones*” o entre individuos. “En el marco de la sociología figuracional estas separaciones no se mantienen en pie, en especial cuando se pone de manifiesto que las figuraciones formadas por seres humanos están prácticamente siempre en movimiento, que son, pues procesos” (Elias, 1990a:65).

Es, pues, la tensión generada en la relación que establecen las “*figuraciones*” que se ponen en juego, la capacidad de *coacción social* o la *autocoacción*. Esto es, la fuerza que ejerce el proceso general (la cultura) en cualquiera de sus formas, material o simbólica, y la capacidad del individuo para

contener sus *pulsiones*, que en todo caso responde de manera directa a la fuerza que ejerce en el individuo el peso de lo cultural. Sin alguno de estos procesos, diría Elias, es imposible que la humanidad hubiese alcanzado el nivel de civilización actual.

Por último, en esta parte del ensayo, concluye con una definición muy sencilla de las “*figuraciones*”:

En esta exposición se ha venido utilizando el término “figuración” como término general para designar la estructura formada por personas interdependientes, bien como grupos, bien como individuos (Elias, 1990a:113).

Lo sencillo no elude lo complejo, el sólo hecho de identificar estructuras sociales y formas de interacción remite al complejo y diverso carácter de la realidad social, que desde el punto de vista de Elias destaca lo social, finalmente, como forma de relaciones humanas estrechas a partir de dos tipos de procesos sociales abiertos y, por lo tanto, relacionados entre sí: el colectivo y el individual.

La crítica sociológica

El principal trabajo de Elias es *El proceso de la civilización*, que se publicó en el año 1939. Constituye una referencia constante en sus posteriores trabajos, lo que propicia formalmente la profundización de este fenómeno socio-histórico que, prácticamente, acompaña a la evolución de la humanidad en las etapas en que fueron superadas las formas de organización primitivas. El interés de vincular la *psicogénesis* y la *sociogénesis* como los principales procesos que explican el proceso general de la civilización, lo conduce a vincular lo individual y lo colectivo, lo mismo que la génesis de la modernidad o el origen de la sociedad contemporánea a explicar la articulación entre el ámbito privado y el público. Esto recuerda la preocupación que Fromm manifestó en los años cincuenta respecto a las limitaciones de la psicología para considerar lo colectivo, y de la sociología para comprender lo individual. La necesidad de encontrar la fórmula para construir una interpretación intermedia entre estas dos ciencias se resuelve en la sociología de Elias, que toma como eje ordenador el *continuum histórico*.

Para Elias la sociología contemporánea muestra al *individuo* como ajeno a la *sociedad* en la medida que reproduce los planteamientos de las ciencias como la física y la biología. Por ello considera fundamental crear metodologías apropiadas a las particularidades de cada objeto de estu-

dio, principalmente para eludir las abstracciones que parecen tener el propósito de aislar las partes de la realidad social.² En ese sentido, la crítica de Elias es certera en cuanto a que el concepto de *sociedad* subordina al de *individuo*.

Cuando esto se plantea así empieza a flexibilizarse un tanto la peculiar autoexperiencia que hace aparecer las cosas como si el hombre individual estuviese fuera y más allá de todos los demás hombres. No es posible concebir un hombre aislado autosuficiente, sin que existan y hayan existido otros hombres en el mundo. Por tanto, la imagen del hombre que se necesita en el estudio de la sociología no puede ser la de un hombre aislado, de un *homo sociologicus*. Es manifiesto que el punto de partida necesario para el estudio de la sociología es una imagen del hombre en plural, pluralidad de hombres en tanto procesos abiertos e interdependientes (Elias, 1982:146).

A esto alude Elias cuando destaca en su perspectiva sociológica el concepto de *figuración*, pues ahí se consideran los dos grandes procesos que sustentan el *proceso civilizatorio*, el de la *psicogénesis* y el de la *sociogénesis*. El primero, se refiere al proceso de socialización mediante el cual el individuo *introyecta* los valores generales que rigen en la sociedad, que se comparten colectivamente, de tal manera que referirse al segundo proceso sugiere reconocer al *proceso civilizatorio* mediante la cultura. El entramado de relaciones sociales hace referencia a una amplia diversidad de intercambios materiales y simbólicos que los individuos establecen entre ellos. Así que a partir de esa idea se concluye que conforme el *proceso civilizatorio* avanza, las figuraciones se vuelven más complejas. Entonces, el concepto de *individuo* y el de *sociedad* se constituyen como dos planos distintos e inseparables de la realidad social.

De hecho, la concatenación de las diferentes etapas sociales mediante las cuales se hace patente la *pacificación* como expresión del proceso civilizatorio, adquieren relevancia en cuanto la dinámica social se manifiesta por medio de "*figuraciones*" que se siguen unas a otras, entendidas éstas como formas de interacciones sociales específicas. Este planteamiento sitúa en una de las principales críticas de Elias a la sociología actual que supone la superación de etapas precientíficas. Los intentos de sustentar la reconstrucción

² Por ejemplo, para Elias: "Actualmente predominan en la sociología un tipo de abstracciones que parecen referirse a objetos aislados en estado de reposo. Incluso el concepto de 'cambio social' se utiliza con frecuencia como si se tratase de una situación. En cierto modo se asume la estabilidad como la situación normal y el movimiento como la situación excepcional" (Elias, 1982:139).

sociológica de la realidad en un manejo empírico que busca avanzar en el descubrimiento de leyes generales, es sustituido por un punto de vista *social* que reconoce las *universalidades* de las relaciones humanas, abandonando la pretensión de constituirse en verdad absoluta que han de compartir realidades sociohistóricas distintas.

Este tipo de interpretaciones son más comunes en la antropología que en la sociología, las *universalidades* representan las estructuras fundamentales de las organizaciones sociales en las que se desarrolla el *continuum histórico*, obligando, siempre, a reconocer la especificidad del caso. Por su parte, en la sociología predomina la intención de descubrir lo común de cada objeto de estudio que permite, aparentemente, construir un esquema explicativo sustentado en leyes generales.

Una crítica sociológica de Elias que aparece permanentemente, apunta a una moda dentro de las ciencias sociales modernas que se han dejado guiar por la *teoría de los sistemas*.³

Si uno utiliza palabras menos cargadas de connotaciones, resulta más factible poder expresar clara y distintamente lo que en verdad puede observarse. Concretamente, tal es el caso al hablar de que hombres individuales constituyen conjuntamente configuraciones de diverso tipo, o de que las sociedades no son más que configuraciones de hombres interdependientes. Hoy en día, se usa reiteradamente, en este contexto, el concepto “sistema”. Pero, en tanto no se piense en los sistemas sociales como sistemas de hombres, sigue uno sin pisar tierra al usar este concepto (Elias, 1982:31).

El proceso civilizatorio es analizado por Elias mediante una línea histórica que explica la transición del modo de producción feudal (el medievo) al capitalista. Su exposición es enriquecida al analizar la función que ha tenido el *tiempo social* desde la antigüedad hasta nuestros días en que la *civilización* está condicionada por la *convención del tiempo*, esto es, la aceptación colectiva de una formalidad para regir las relaciones sociales (Elias, 1989). De ese modo, es necesario preguntarse acerca del papel que juega *el tiempo* en la conformación de las “*figuraciones*”, pues se ha de suponer que la percepción del tiempo en una forma de organización determinada, define caracterís-

³ En la obra de Elias se plantean críticas que como ésta, censura la incapacidad de las ciencias sociales para superar las influencias de la física y las matemáticas. En este caso, sería importante pensar en propuestas como las de Niklas Luhmann (*Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, México, UTA-Alianza Editorial, 1991) quien parece conceder atributos a la lógica funcional del sistema analítico y, por tanto, restar importancia a la relación entre los hombres.

ticas peculiares que permiten a esa figuración establecer diferencias con otras de ellas en el mismo momento histórico o uno diferente. Aquí, el tratamiento desde la sociología histórica que hace Elias lleva a reflexionar respecto a uno de los enfoques de las ciencias sociales que ya ha sido un tema obligado para la antropología y que actualmente comienza a ganar espacios tanto en la sociología como en la ciencia política: *la cuestión de la cultura*. Resulta sorprendente cómo, en el caso de la cultura, se reconoce a sociólogos de la calidad intelectual de Bourdieu y no se concede la atención a un autor como Elias, quien tendría que ser una referencia obligada en el análisis de la cultura, en cualquiera de sus enfoques.

Cabe destacar la cercanía existente entre lo que Bourdieu entiende como *habitus* y lo que Elias propone como *figuración* para referirse a relaciones concretas y específicas creadas por los grupos sociales regidos por sus propios códigos, normas y principios. La semejanza radica, en todo caso, en que Bourdieu considera que los individuos se mueven en diferentes *habitus*, mientras Elias considera una red más general de relaciones sociales. En el primer caso se trata de espacios sociales específicos de la cultura (con cierto grado de autonomía) en las sociedades contemporáneas y, por tanto, complejas, mientras en el segundo, *de un espacio mucho más amplio que se articula a partir de diferentes etapas de organización societal, de lo cual se desprende que a mayor desarrollo de la humanidad, mayor expansión de figuraciones que, articuladas, dan cuenta de la complejidad de la sociedad actual*.

Por otra parte, otro de los temas que han interesado a las ciencias sociales es el de los tópicos referentes a la *vida cotidiana*, en cuyo ámbito se tienen importantes aportaciones de sociólogos como Agnes Heller. El problema nuevamente se sitúa en el ámbito de las modas intelectuales, pues mientras a esa autora se le reconoce, entre otras cosas, por sus interpretaciones sociológicas acerca de la vida cotidiana, su trabajo cae dentro de la especulación teórica-conceptual. Contrariamente, Elias no se preocupa por teorizar en torno a la vida cotidiana sino que en su interpretación de la sociología explica cómo los individuos se reproducen colectivamente en el campo societal que él denomina *figuración*. Es cuestión del lector reconocer que existen diferentes figuraciones que expresan el carácter cultural de una sociedad. De hecho, el trabajo de Elias referente a *la sociedad cortesana*, que junto con el trabajo relativo a *deporte y ocio* (Elias y Dunning, 1995a) se suma a la profundización del *proceso civilizatorio*, representa un corte importante que se debe considerar en la comprensión de las "figuraciones". Principalmente, en el análisis de la reproducción de la vida cotidiana.

En la *sociedad cortesana* Elias explica las diferentes figuraciones que dan cuenta de una sociedad diversificada y, por tanto, compleja. El entra-

mado cortesano-aristocrático remite a una figuración que muestra una composición social entre el *ancien régime* y la sociedad emergente. La aristocracia representa, en todo caso, la precaria clase social que se consolida en un periodo histórico en el que el feudalismo aparece erosionado, fundamentalmente, por la centralización del poder y la violencia prevaleciente. Por ejemplo, las disposiciones estructurales de las habitaciones, la etiqueta y ceremonial en la época de Luis XIV representan diferentes aspectos de esa sociedad mediante los cuales se advierten diversas “*figuraciones*”, de tal manera que su expresión en términos históricos y no teóricos, reflejen la reproducción concreta de la vida cotidiana. En ese sentido, una pregunta desde la sociología de Elias que cuestionaría las construcciones teórico-conceptuales de Heller es si alguna de las diferentes “*figuraciones*” en las que participa Luis XIV se puede circunscribir en lo que ella entiende como vida cotidiana, ya que la política es el aspecto predominante de la vida diaria del monarca, esto es, si la vida cotidiana tendría que ser separada de la actividad política que aparece como constante en la vida diaria de las elites gobernantes.

Las interdependencias humanas que dan forma a las “*figuraciones*” presumen captar las vinculaciones emocionales que reflejan el contacto de los individuos *face to face*, además, supone que el intercambio social se proyecta por *símbolos compartidos* que permiten la identificación del *yo* y el *nosotros*. Necesariamente, las diferencias entre los individuos son sintetizadas mediante las estructuras simbólicas *introyectadas* que los hace parte de la colectividad.

El proceso de la transición

Aunque Elias no se lo proponga, su análisis del *proceso civilizatorio* es de gran utilidad para examinar la transición, tema muy estudiado en el México de fin y principio de siglo y que ha caído en una aburrida repetición de *clichés* intelectuales. Por una parte, predominan en esos análisis los temas políticos, que en muchas ocasiones mutilan la realidad social de su componente económico y sobre todo del cultural. Aquí las enseñanzas de Elias acerca de la transición del feudalismo al capitalismo, aparecen como reconstrucciones de la realidad social que consideran lo político, lo económico y lo cultural. De hecho, el predominio del tercer ámbito muestra una exposición novedosa acerca de este proceso de transformaciones que, sin lugar a dudas, arrojará luz en otros momentos de la vida social moderna que sea caracterizada a partir del concepto de transición. Las tendencias mundiales de finales de

siglo, la *caída del muro de Berlín* y las evidentes limitantes del *neoliberalismo*, así como el caso mexicano, refrendan la certeza de tal afirmación.

Por otra parte, la transición, principalmente en México, va perdiendo su referencia al pasado y su perspectiva a futuro, situación que se resolvería de acuerdo al concepto de *continuum histórico* de Elias. Esto exige un saber más general de la figuración seleccionada o de un profundo conocimiento del objeto de estudio que sirve como eje ordenador en la exposición de la figuración. La articulación entre uno y otro nivel es irremediamente necesaria. Evidentemente, el tratamiento sociológico de la historia inmediata a la etapa que preocupe en la investigación, es un requisito para seguir la lógica de la sociología de Elias. En ese sentido propone:

Mientras no se pueda explicar cómo y por qué precisamente esta figuración posterior surge de la anterior, mientras se acepte sencillamente la existencia de la primera [etapa o figuración] y se la interpreta al margen del ciclo de figuraciones en el que se inscribe, mientras se la considere como algo dado, *será posible como mucho describir* el funcionamiento de una figuración, *pero no comprenderlo ni explicarlo* (Elias, 1982:198).

El *continuum* de las figuraciones representa, entonces, la evolución del *proceso civilizatorio* que Elias sigue desde el siglo xiv hasta el xx, por tanto, han de ser comprendidas como recursos analíticos que, conforme identifican las diversas interdependencias entre los individuos, reflejan, también, el carácter cambiante de la sociedad. Para Elias, la sociología debe superar el estadio en el que prevalece el interés de estudiar los sistemas o las estructuras, desentrañando mejor las relaciones entre los individuos, los conflictos que cada uno de ellos puede registrar o los que se comparten colectivamente. Así adquiere relevancia el análisis de las elites del poder, las transformaciones que se dan en su interior, en su relación con los dominados, etcétera.

Evidentemente, pensar que la sociedad se encuentra en transición permite pensar que la transformación de las "*figuraciones*" pueda provocar conflictos que impidan su reproducción; por esa razón, es fundamental analizar cómo se expresa el poder. "En el centro de las cambiantes figuraciones o, dicho de otro modo, del proceso de figuración hay un equilibrio fluctuante en la tensión, la oscilación de un balance de poder, que se inclina unas veces más a un lado y otras más a otro. Los equilibrios fluctuantes de poder de este tipo se cuentan entre las peculiaridades estructurales de todo proceso de figuración" (Elias, 1982:158). Esto adquiere mayor importancia si se considera que el propósito básico del concepto de *figuración*, es captar las interdependencias humanas que son la *razón de ser* del estudio sociológico de Elias.

La ideas respecto de la relación entre el papel que juega el poder y la transformación de las “*figuraciones*” concede, en todo caso, un papel protagónico a los individuos como agentes del cambio. De tal manera que reconocer el papel individual y de grupo respecto del poder, explica por qué algunas personas mantienen una disposición consciente a preservar la figuración existente, y otros se obstinan en modificarla. Se supone que la transformación de las *figuraciones* va acompañada por la transformación de las estructuras de poder, como expresión de relaciones entre los individuos (Elias, 1982:178).

Por ejemplo, con la exposición de Elias en torno a la sociedad cortesana de Luis XIV, se evidencia que el rey no ejerce el poder absoluto, aunque concentre gran parte de éste. Por lo tanto, la interpretación de este autor permite cuestionar hasta qué grado la expresión de *el Estado soy yo*, obedece más a una posición política privilegiada que a la realidad, es decir, a que el monarca *ejerza absolutamente* el poder. “Con la ayuda de una investigación sistemática de las configuraciones, se puede, por ejemplo, demostrar que un hombre en la posición del rey, aun en el tiempo de Luis XIV, no reinaba de un modo ‘absoluto’, si se entiende por ello que su obrar y su poder no conocían ninguna limitación. El concepto de ‘soberano absoluto’ da, como es obvio, una impresión falsa” (Elias, 1982a:34).

No es gratuito que la revuelta de la muchedumbre, motor de la Revolución Francesa, tenga que ser considerada como parte del poder, aunque el agotamiento del *ancien régime* no sólo obedeció a este fenómeno sino a la incapacidad de la nobleza para adaptarse a las nuevas condiciones de la figuración emergente, y a no aceptar la reducción de sus privilegios consecuente a la reducción en sus cuotas de poder (Elias, 1982:213).

La modernidad

Situar a la sociedad cortesana de Luis XIV como parteaguas del *proceso civilizatorio* obliga a reconocer que el aspecto fundamental de este proceso es el control de la violencia. En esa medida, la concentración del poder en el *Estado absolutista* muestra de manera general el proceso de pacificación que culminó a principios del siglo xviii, posibilitando el surgimiento del Estado contemporáneo. De tal forma que este proceso general sintetiza el *proceso de sociogénesis*, mientras el control de los impulsos individuales, la evolución de la sociedad desde el punto de vista de los valores introyectados que coadyuvan al *autocontrol*, dan cuenta del *proceso de psicogénesis*.

La concentración del poder en el Estado emergente refleja la aceptación de los individuos y los grupos de ceder sus derechos de ejercer la violencia,

pero también evidencia la capacidad de los gobernantes cortesanos de esas épocas a las que remite Elias, de influir en el desarrollo de la *autodisciplina*. Si no hubiese sido imposible que los guerreros se convirtieran en cortesanos (Elias, 1995:73-74). Los juegos que los “*caballeros*” realizaban como parte de la vida cortesana refleja la aceptación de dar cauce a la violencia mediante una reglamentación que colocará en salvaguarda la vida de los participantes. De esa forma, el juego mimetiza la naturaleza violenta de los individuos y abre las puertas para que las emociones y los impulsos *controlados* culturalmente por la sociedad, se expresen en las figuraciones deportivas. Lo que llama la atención es cómo mientras los participantes se sujetan cada vez más a las reglas establecidas, los observadores, que tienen una posición aparentemente pasiva, rompen con las reglas sociales establecidas fuera del espacio en el que se recrea el deporte (Elias y Dunning, 1995). La necesidad de satisfacer las inclinaciones de los individuos hacia la violencia encuentra, conforme avanza el proceso civilizatorio, un alivio a sus tensiones. La “*batalla*” *fingida y regulada por normas establecidas* contrarresta los efectos conflictivos que el control de los impulsos provoca. El hombre socializado, entonces, se antepone a la naturaleza humana para salvaguardar al hombre mismo.

En la lectura de *El proceso de la civilización* se advierte, sin necesidad de puntualizarlo, la aceptación respecto al carácter violento de la naturaleza humana. En ese sentido, la lectura de la obra se comprenderá fácilmente a partir de la idea de Hobbes de *el hombre para el hombre, lobo*, que a partir de la idea de Locke considera el estado de naturaleza como un estado de armonía. En todo caso, sería interesante preguntarse cómo resuelve Elias la necesidad de erradicar la violencia y la liberación del hombre, pues en todo caso, la socialización representa una forma de violencia: *la simbólica* (Montesinos y Martínez, 1990:250).

La estructura simbólica adquiere importancia en la perspectiva sociológica de Elias conforme las interdependencias se expresan, también, en el plano de las representaciones. De hecho, las interdependencias en torno al poder tienen una fuerte carga explicativa en el enlace simbólico que los individuos establecen en las figuraciones. Por esa razón, “*Lo que no se puede representar a través de la red de símbolos de un grupo humano específico, no lo conocen sus miembros*” (Elias, 1994a:104). En la parte de la *psicogénesis* del proceso civilizatorio Elias explica cómo el niño aún sin saber hablar, va comprendiendo el mundo a partir de las representaciones de su entorno inmediato, aprende, aunque sea incipientemente, la diferencia entre la mujer y el hombre. Esta forma inicial de intercambio entre los individuos genera una red que se sumará a un entramado más complejo en la medida que su entorno social se amplíe.

Sin duda, *el tiempo* como expresión de la modernidad, esto es, un *tiempo nuevo* que se distingue del pasado por medio de una diferente *figuración general*, permite reconocer un cambio en el *continuum histórico*. De esta manera, en el análisis social del tiempo, aludir al *presente* como expresión de la modernidad difícilmente permitiría distinguir el pasado del presente, pues el *tiempo moderno* sólo es comprendido a partir de un *tiempo socialmente diferente*, un tiempo definido por una figuración social diferenciada de la anterior. De tal manera que la modernidad, como expresión del *continuum histórico*, se ubique entre el pasado y el futuro, como una figuración producto de un pasado histórico que puede prevalecer cierto tiempo o revelarse como fundamento del advenimiento de una nueva figuración social por venir. Y aquí es inevitable reconocer que el punto de vista de Elias respecto a la modernidad, se adelanta a la interpretación que hace Habermas de este fenómeno como proceso inconcluso. Para Elias:

Solamente una vez que se hayan dulcificado las tensiones entre los seres humanos, las contradicciones que se dan en la estructura de las interrelaciones humanas dulcificarán las tensiones y contradicciones en el interior de los hombres. Solamente entonces podremos asegurar que, en vez de ser una excepción, es una regla el hecho de que el ser humano encuentra ese equilibrio de su espíritu que solemos definir, con grandes palabras, como "felicidad" y "libertad"; un equilibrio duradero o, más bien, la congruencia entre su quehacer social, entre las exigencias de su existencia social de un lado, y sus inclinaciones y necesidades personales del otro. Únicamente cuando la estructura de las interrelaciones humanas tenga este carácter, cuando la colaboración entre los hombres, fundamento de la existencia de cada individuo, funciones de tal modo que todos los que trabajan en la larga cadena de tareas comunes puedan alcanzar aquel equilibrio, los hombres podrán decir de sí mismos con razón que son civilizados. Mientras no llegue ese momento se encuentran en el proceso civilizatorio, obligados a seguir diciendo: *La civilización no se ha terminado. Constituye un proceso* (Elias, 1987:532).

El *tiempo* es considerado por Elias como uno de los principales símbolos de la sociedad moderna, donde en su etapa postindustrial, el tiempo determina las actitudes de los individuos que se recrean en una cultura determinada. Se suma por tanto, como uno de los mecanismos de la colectividad que al establecerlo como una convención, apoya la *coacción social*. De la misma manera, la consideración del "hombre moderno" respecto al manejo del tiempo como elemento de intercambio, refleja la capacidad de *autocontrol* de los individuos y, en general, del conjunto de la sociedad.

La coacción social del tiempo, convertida en alto grado en autocoacción, se manifiesta aquí como un tipo paradigmático de coacciones civilizadoras que

se encuentra a menudo en las sociedades más desarrolladas, cuyos miembros captan en sí mismos la autoacción que los hace orientarse según el tiempo, mientras que perciben con mayor dificultad otras formas de autoacción civilizadora que se impone la propia persona (Elias, 1989:43).

La modernidad, entonces, es para Elias expresión de un tiempo socio-histórico que permite diferenciar unas etapas de evolución social de otras. Sin duda, la modernidad se expresa como un tiempo diferente de un pasado reconocible a partir de una *figuración* específica, que se manifestó mediante interdependencias que prevalecieron en un periodo determinado. Así, la modernidad se expresa como un tiempo nuevo que también apunta a la construcción del futuro inmediato. El *proceso civilizatorio* que Elias plantea aún impone la estúpida amenaza de la destrucción del mundo por la vía bélica o la explotación irracional de los recursos naturales. Ésto nos coloca, independientemente de los avances tecnológicos, en una condición tan primitiva como la de las primeras formas de organización social en que la violencia, material o simbólica, amagó la evolución de la humanidad.

La perspectiva de género

Uno de los principales problemas que se enfrenta al abarcar los estudios de género es cumplir con un ritual que la comunidad académica impone en cada uno de sus campos: demostrar el conocimiento de los pensadores que han permitido construir los paradigmas que han guiado los enfoques con que se tratan los objetos de estudio a lo largo de su historia; así como hacer patente que se acepta hacer los honores a los especialistas de la comunidad académica a la cual se pertenece. En ese contexto, sin haber sido aceptado como parte de una elite, utilizar a autores “no calificados” para los menesteres de estudios de género es, de hecho, sacrilegio.

En el caso de México, los estudios de género están monopolizados por las feministas y las académicas especializadas en la problemática de la mujer, de tal forma que resta buscar la “aprobación” del gremio o trabajar en la “*clandestinidad*”. Queda, así, una doble obstinación: una, la de seguir la inexplorada ruta de los estudios de género, desde la lectura de mujeres con poder y la masculinidad; y dos, la de utilizar a autores “desautorizados” como es el caso de Elias. *Doble obstinación, doble sacrilegio*. Pero no es el caso de discutir las obstinaciones compartidas sino de explicar, justificar, por qué es pertinente incorporar a nuestro autor en los estudios de género, sea para desentrañar los aspectos de la feminidad o la de la masculinidad.

En primer lugar, es necesario mantener presente que la obra más importante de Elias es *el proceso de la civilización*, pues en torno a ésta gira la mayor parte de su trabajo. En ese planteamiento la *psicogénesis* entendida como el proceso mediante el cual los individuos, hombres o mujeres, introyectan los valores que norman sus conductas, sus interrelaciones con los demás, la relación con la *otredad*, representa, precisamente, un proceso social mediante el cual se establecen las diferencias entre los roles masculinos y femeninos. De manera particular el segundo capítulo establece los parámetros sociales del comportamiento humano, donde desprendemos el comportamiento correspondiente a mujeres y hombres. Por ejemplo, en esta parte, Elias narra cómo la sexualidad fue colocada en la trastienda del proceso civilizatorio, en los resquicios del espacio privado en que se reprodujo la familia nuclear (Elias, 1987:219). Por otra parte, siguiendo la ruta de la sexualidad en *la sociedad cortesana*, Elias analiza cómo la misma disposición de la *casa real* considera los requerimientos personales del rey (hombre) y la reina (mujer), al tiempo que revisa cómo el paso del proceso civilizatorio entre los siglos XVI, XVII y XVIII vio sucumbir cierta libertad de la sexualidad, ante un pudor que poco a poco fue ocultando el cuerpo, femenino fundamentalmente.

En *Teoría del símbolo* Elias menciona dentro de su crítica sociológica una propuesta de vital utilidad para los estudios de género, pues plantea que en general las ciencias sociales han mantenido en el olvido el aspecto biológico (cuestión contemplada por los enfoques predominantes en la antropología, al concebir al hombre en permanente contacto con su medio ambiente); se elude el contexto natural en el que se reproduce lo social. Este planteamiento, evidentemente, provoca recelo entre las estudiosas del género femenino en la medida que la *naturaleza*, esto es, el aspecto biológico, ha pesado sobre el papel social asignado a la mujer. De hecho, la subordinación femenina y el confinamiento de las mujeres en el ámbito privado ha sido una situación justificada en el discurso masculino y moralista, por la diferencia biológica que sustenta la identidad de la mujer a partir de su rol como *madre/esposa*. Es decir, como reproductora.

Los planteamientos de Elias son sugerentes al respecto:

En los estudios científicos actuales los términos *naturaleza* y *sociedad* se utilizan a veces como si estos dos campos de investigación fuesen antagonistas excluyentes. El supuesto implícito parece ser que los objetos o las condiciones que pertenecen al campo de la *naturaleza* no pueden pertenecer al campo de la *sociedad*, y viceversa. Pero la consideración de estos dos campos como antagonistas es una característica de la relación que existe hoy entre los grupos de especialistas científicos dedicados a la investigación en estos diferentes campos más que de la relación táctica entre dos campos entre sí (Elias, 1994a:63).

En el caso de los estudios del género femenino se advierte la forma en que la naturaleza aparece como antagónica de lo social. Pero el problema, específicamente, entre la diferencia biológica y los géneros, *habrá de replantearse de tal modo que las nuevas interrelaciones entre hombres y mujeres consideren, precisamente, la diferencia*. Esta sería la única alternativa para construir “*figuraciones*” realmente igualitarias entre hombres y mujeres.

Sin embargo, aunque hay elementos para utilizar la obra de Elias en los estudios de género, existe, al menos, un trabajo que puede considerarse en esta materia: *el cambiante equilibrio de poder entre los sexos* (Elias, 1994). En ese ensayo, hace acopio de su mundo inmediato relacionando imágenes actuales con aspectos del antiguo Estado romano y revisa el fenómeno del poder entre los géneros. Su reflexión parte de tesis ampliamente desarrolladas por la antropología en las que se plantea que la mujer se ha mantenido históricamente subordinada al hombre al constituirse en una suerte de propiedad masculina, principalmente cuando se vincula en matrimonio. Sin embargo, su concepción del poder lo conduce a reflexionar la relación entre hombres y mujeres mediante lo que se conoce como una *armoniosa desigualdad*. En ese sentido muestra una contradicción en los rituales sociales de la época alta del medievo (que aún prevalecen en ciertos círculos) en los que se sitúa a la mujer en un lugar de gran valía.

Toda una serie de normas coactivas demostraban en público que las mujeres eran propiedad de los hombres o al menos inferiores a ellos, pero las normas reflejadas en los ejemplos [...] no existían en los códigos europeos de conducta. Sorprendentemente éstos exigían en cambio que los hombres trataran en público a las mujeres siguiendo las normas habitualmente aceptadas para tratar a las personas más poderosas y de superior rango (Elias, 1994:124).

La agudeza de su reflexión se refuerza con el tratamiento del tema a partir de conceptos prácticamente inusuales como es el caso del término *andrárquico*, para superar la limitación del concepto de patriarcado suscrito a la dominación de los hombres en su condición de padres; así como el de *ginárquico* que igualmente sustituye al de matriarcado, en la condición dominante de la mujer a partir de su papel de madre. Al mismo tiempo considera una diferencia biológica que define el dominio masculino sobre las mujeres, *la fuerza física*, en la medida que tenía un papel social de vital importancia para las sociedades guerreras.

La importancia de un artículo de esta naturaleza es que al revisar las relaciones de género a partir de una perspectiva de equilibrio del poder, sugiere la limitación existente al plantear que los hombres han ejercido el poder

absoluto. Lo que permite establecer, en todo caso, que la cuestión del poder entre hombres y mujeres es fluctuante, aunque predomine el poder masculino. En la revisión que hace del poder entre los géneros en el antiguo Estado romano, Elias destaca:

[...] el cambio en el equilibrio de poder entre maridos y esposas, que tuvo lugar en la sociedad romana, no surgió en primera instancia por un cambio deliberado de la legislación. Fue, en primer instancia, un cambio de costumbres que indicaba un cambio más amplio de la sociedad en su conjunto (Elias, 1994:137).

Más adelante:

Es más fácil comprender mejor lo que sucede en la actualidad si se adopta una cierta distancia. Puede ser útil quizá, para resaltar algunos de los aspectos sobresalientes indicativos del equilibrio del poder existente entre los hombre y las mujeres de las clases altas romanas, *partir de un momento anterior al que se produjeron los cambios, y confrontarlo con la nueva situación*. El cambio no se produjo de repente, fue un cambio gradual (Elias, 1994:139).

Elias comprende la transformación de la sociedad a partir de la cultura que en las relaciones de género tendrá que pensarse a partir de una *figuración* concreta, esto es, un ámbito social en el que se establece cierto tipo de interrelaciones sociales, en este caso, las que sustentan hombres y mujeres. Además, hace énfasis al comparar sus experiencias personales que se ubican en la actualidad con fenómenos semejantes del pasado, se considera, es la forma ideal de analizar el *proceso de la civilización* y diversificar los puntos de vista con que se trata un objeto de estudio.⁴ Por otra parte, se hace patente que las costumbres como expresión de la cultura se transforman poco a poco. Planteamiento que se aproxima a la interpretación de la cultura de Bell, quien considera que la cultura no cambia con la misma dinámica de la economía y la política (Bell, 1987).

Igual que en los casos anteriores, se reduce el análisis a estas breves ideas de Elias respecto a la utilidad que puede dársele en los estudios de género, esperando despertar el interés de los lectores en esta profunda y versátil obra.

⁴ Al respecto, estableciendo diferencias entre la historia y la sociología, Elias señala: "El estudio histórico del pasado, dirigido en general a cuestiones concretas y particulares, impide con frecuencia establecer comparaciones, mientras que el estudio sociológico, tiene como una de sus principales finalidades, facilitarlas" (Elias, 1994:164).

A manera de conclusión

Es pretensioso estudiar en un trabajo de este tipo todos los *usos sociológicos* que se le podrían dar a la obra de Elias. Se trata de un autor que al plantearse como objeto de estudio el *proceso civilizatorio*, necesariamente, rastrea una infinidad de temas que van dando cuenta de la evolución de la humanidad. Sin embargo, si se lee a este autor con la intención de encontrar nuevas aristas a objetos de estudio que se han investigado previamente, se encontrará una gran variedad de ideas que obligarán a reconocer el carácter multidimensional de los problemas tratados cotidianamente en las ciencias sociales.

Por lo que respecta a este trabajo es pertinente puntualizar que, independientemente del tema principal de Elias, la crítica que plantea en el ámbito de la sociología, sus tendencias contemporáneas evidencian las limitantes enfrentadas en las ciencias sociales cotidianamente. En ese mismo sentido, Elias es un importante referente para la comprensión de la metodología y la revisión de la sociología clásica, discusión en la que invariablemente se percibe su ausencia. Por ejemplo, su crítica implícita es equiparable a autores de la talla de Luhmann, al mismo tiempo que es viable compararle y confrontarle teórica-conceptualmente con sociólogos como Pierre Bourdieu, Agenes Heller, Jünger Habermas o Daniel Bell, entre otros.

En este trabajo se destaca a Elias como un autor que, sin duda, representa un gran referente para los estudios relativos a la transición y la modernidad. En este caso lo lamentable de su ausencia en las reflexiones de la comunidad académica en México, es que este tema es el principal de su obra que actualmente encuentra una gran difusión en Alemania, Francia, España y los Estados Unidos. La solidez de sus estudios acerca del *proceso civilizatorio* que llega a un punto culminante cuando analiza al Estado absolutista de Luis XIV, refleja el oficio de un sociólogo que sabe fusionar en un análisis los aportes de las ciencias sociales en general. Su crítica a la modernidad presenta a la humanidad de fin de siglo ahogada en una estupidez insólita:

El hecho de que aún no hayamos aprendido a controlar las guerras, las destrucciones masivas recíprocas de miembros de Estados diferentes y otras formas de conducta que no se puede evitar calificar de bárbaras, presta apoyo al supuesto de que, en el marco global del posible desarrollo de la humanidad, lo que llamamos tiempos modernos representa una etapa muy primitiva y no una etapa tardía del desarrollo (Elias, 1994:216).

La utilidad que tiene el análisis de la obra de Elias para avanzar en los estudios de género, es que sin proponérselo, plantea una propuesta que bien

pude refrescar los puntos de vista acerca de la temática de la feminidad y masculinidad. Sin duda, su trabajo en torno al *equilibrio de poder entre los géneros* representa una inteligente reflexión propositiva para revisar las relaciones genéricas que actualmente comienzan a reconocer que el poder se distribuye entre hombres y mujeres. Su discusión y crítica sociológica exige incorporar a la naturaleza, a la diferencia biológica en particular, como una parte fundamental en el estudio de lo social, y en especial, para los estudios de género.

Por último, los usos sociológicos de Elias pueden ser tan di-versos como la experiencia de quien los utilice como referente, pero aun lo contrario, una precaria *praxis* sociológica, invariablemente se verá iluminada por la extraordinaria obra de este autor.


Recibido: julio, 2000

Revisado: enero, 2001

Correspondencia: Universidad Autónoma Metropolitana/Coordinación de la Carrera de Administración/Calz. del Hueso núm. 1100/Edificio "M"/Planta Alta/Col. Villa Quietud/C.P. 04960/e-mail rafgris@prodigy.net.mx

Bibliografía

- Bell, Daniel (1987), *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza Editorial.
- Elias, Norbert y Eric Dunning (1995), *Deporte y Ocio en el proceso de la civilización*, México, FCE.
- Elias, Norbert (1995), *Mi trayectoria intelectual*, Barcelona, Península.
- (1994), *Conocimiento y poder*, Madrid, La Piqueta.
- (1994a), *Teoría del símbolo. Un ensayo de antropología cultural*, Península, Barcelona.
- (1991), *Mozart. Sociología de un genio*, Barcelona, Península.
- (1990), *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península.
- (1990a), *Compromiso y distanciamiento*, Barcelona, Península.
- (1989), *El tiempo*, Madrid, FCE.
- (1989a), *La soledad de los moribundos*, Madrid, FCE.
- (1988), *Humana Conditio. Consideraciones en torno a la evolución de la humanidad*, Barcelona, Península.
- (1987), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE.
- (1982), *Sociología fundamental*, Barcelona, Gedisa.
- (1982a) *La sociedad cortesana*, México, FCE.

- 
- Eribon, Didier (1991) "*La autoacción y la civilización*", *Topodrilo*, núm. 20, noviembre-diciembre.
- Montesinos, Rafael (1992), "*La génesis de la modernidad en Norbert Elias*", *Revista Sociológica*, núm. 20, septiembre-diciembre.
- (1990), "*Norbert Elias: el recurso del tiempo*", *Breviario Político*, núm. 5.
- Montesinos, Rafael y Griselda Martínez V. (1999) "*Erotismo y violencia simbólica. Un ensayo sobre el proceso civilizatorio*", *Iztapalapa*, núm. 47.